

serán tales, que, con ayuda de Dios é vuestra, ganaremos la vitoria. — No plega á Dios, dijo él, que en tanto que yo armas pueda tener vos ni vuestro fijo las vistais, pues que los otros serán tales que á él é aun á mí podrán excusar. » Grasandor le dijo: « Señor caballero de la Verde Espada, no seré yo excusado donde vuestra persona se pusiere, así en esta batalla, como en todas las otras que en mi presencia se ficiessen; é si yo fuese tan digno que de tal caballero como vos me fuese un don otorgado, desde agora os demandaria que en vuestra compañía me trajésedes; así que, por ninguna guisa yo dejaré de ser mañana en esta afrenta, siquiera por aprender algo de vuestras grandes maravillas. » El de la Verde Espada se le homilló, por la honra que le daba, con gran acatamiento, como lo él merecía, é díjole: « Mi señor, pues que así os place, así sea con la ayuda de Dios. » El Rey dijo: « Mi buen amigo, vuestras armas son tales paradas, que no tienen en sí defensa alguna, é yo os quiero dar unas que se nunca vistieron, que entiendo que os agradarán, é un caballo que, aunque otros muchos habréis visto, no será ninguno mejor. » E luego gelo fizo allí traer enfrenado y ensillado de muy rica guarnición. Cuando él lo vió tan hermoso é tan guarnido sospiró, cuidando que si él estuviese en tal parte que lo pudiese enviar al su leal amigo Angriote de Estravaus, que lo ficiera, que en aquel sería bien empleado; las armas eran muy ricas é habían el campo de oro é leones cárdenos, é las sobreseñales de aquella guisa; pero la espada era la mejor que él nunca vió, fueras de la del rey Lisuarte y de la suya; y desde la hobo mirado, dióla á Grasandor, con que entrase en la batalla.

Otro dia bien de mañana oyeron misa con el Rey, é armáronse todos, y besándole las manos, cabalgaron en sus caballos, é muchos caballeros con ellos, é fueron al campo, donde habia de ser la batalla, é vieron cómo los romanos salian ya armados, é cabalgaron ya, tañendo sus hombres muchas trompas con grande alegría por los esforzar; é Arquisil entre ellos en un caballo blanco é las armas verdes, é dijo á sus compañeros: « Miémbreseos lo que fablamos; que yo terné lo que prometí. » Estonces fueron unos contra otros, é Arquisil vió venir delante al caballero de la Verde Espada, é fué contra él, y encontráronse con las lanzas, que luego fueron quebradas, é Arquisil salió de la silla á las ancas del caballo; mas de tanto le avino, que echó mano de los arzones, é como era valiente é ligero, tornóla á cobrar. El de la Verde Espada pasó por él, é con un pedazo de la lanza que le quedara encontró al primero que ante sí falló en el yelmo, é sacógelo de la cabeza é hobiéralo derribado; mas á él le encontraron dos caballeros, el uno en el escudo, y el otro en la pierna, que pasando por la falda de la loriga la cuchilla de la lanza, le fizo una herida, de que mucho se sintió é le fizo ensañar mas que ante lo estaba, é poniendo mano á la espada, firió á un caballero, y el golpe fué en soslayo, y descendió al cuello del caballo é cortógelo todo; así que, fué al suelo é cayó sobre la pierna de su señor y quebrógela. Arquisil, que ya se enderezaba en la silla, apretó recio la espada y fué á ferir al caballero del Enano de toda su fuerza por cima

del yelmo, que las llamas salieron dél y de la espada, é fizole bajar la cabeza ya cuanto; mas no tardó mucho de levar el galardón, que él le firió por cima del hombro, y cortóle las armas é la carne, de manera que Arquisil cuidó que el brazo habia perdido. El de la Verde Espada, como así lo vió, pasó por él, y fué herir en los otros, que Grasandor, é los suyos los tenían mal trechos; mas Arquisil lo siguió, y heriale por todas partes; pero no con tanta fuerza como al comienzo. El de la Verde Espada volvia á él y feriale, pero luego iba á dar en los otros, é no habia gana de le ferir, porque lo tenia en mas que á todos los de su parte, que le viera adelantarse de los suyos por encontrarse con él; mas Arquisil no curaba de golpes que le diesen, antes se metia entre todos y feria al caballero de la Verde Espada como mejor podía; é á esta hora ya los de su parte eran destrozados, dellos muertos é otros heridos, é los otros rendidos, que no se defendian; é como el de la Verde Espada vió que Arquisil le seguía, sin temer sus golpes, dijo: « ¿No hay quien me defienda de este caballero? » Grasandor, que lo oyó, fué con otros dos caballeros, y encontráronle todos juntos, é como le tomaron laso é cansado, sacáronle por fuerza de la silla, é dieron con él en el suelo, é luego fueron con él para lo matar, mas el caballero del Enano le socorrió é dijo: « Señores, pues que deste yo he recebido mas mal que todos, á mí lo dejad para tomar la emienda. » Luego se quitaron todos afuera, y él llegó é dijo: « Caballero, sed preso, é no queráis morir á manos de quien mucha gana no tiene. » Arquisil, que ya otra cosa sino la muerte no esperaba, fué muy alegre, é dijo: « Señor, pues que mi ventura quiso que mas no pudiese hacer, yo me doy por vuestro preso, é gradézcovos la vida que me dais. » Y él tomóle la espada, é diógela luego, faciéndole fianza que faria lo que él mandase, y descendió de su caballo y estuvo con él, y faciéndole cabalgar en un caballo que le mandó traer, y él cabalgando en el suyo, se fueron al Rey; que con gran gozo de ver su peligrosa guerra acabada los atendía; é tomándolos consigo, se fué á su palacio é puso en su cámara al caballero de la Verde Espada, y él hizo estar allí consigo á su preso por le hacer mucha honra, porque él lo merecía, que era buen caballero y de alta sangre, como ya oistes; pero él le dijo: « Señor caballero de la Verde Espada, ruégovos por vuestra mesura que quedando yo por vuestro preso para os acudir cuando vos me llamádes y tener prision donde por vos me fuere señalada, me deis licencia para ir á reparar mis compañeros, aquellos que vivos quedaron, é facer llevar los muertos. » El caballero de la Verde Espada dijo: « Yo os lo otorgo, é miémbreseos de la fianza que me faceis. » E abrazándolo, lo despidió, y él se fué á sus compañeros, que los falló cual entender podeis, é luego dieron orden como llevasen á Garadan é los otros muertos, y entraron en su camino; así que, agora no se fablará mas deste caballero fasta su tiempo, que se contará á qué pujó su gran valor.

El de la Verde Espada estuvo allí con el rey Tafinor fasta que fué sano de sus feridas; é como vió la guerra del Rey acabada, pensó que las cuitas é los mortales deseos que su señora Oriana le causaba, de los cuales

en aquella sazón muy afinado era, que mejor los pasaria caminando y en fatiga que en aquel gran vicio y descanso en que estaba; é fabló con el Rey, diciéndole: « Señor, pues que ya vuestra guerra es acabada, y el tiempo en que mi ventura asegar no me deja es venido, conviene que negando mi voluntad, la suya siga, é quiérome partir mañana; é Dios por la su merced me llegue á tiempo que algo de las honras y mercedes que de vos he recebido vos las pueda servir. » Cuando el Rey esto le oyó fue muy turbado é dijo: « ¡Ay caballero de la Verde Espada! mi verdadero amigo, tomad de mi reino lo que vuestra voluntad fuere, así del mando como de interese, é no vos vea apartar de mi compañía. — Señor, dijo él, creído tengo ya que conociendo el deseo que yo tengo de vos, que así me haríades la honra é la merced; pero no es en mí mas ni puedo sosegar fasta que mi corazón sea en aquella parte donde siempre el pensamiento tiene. » El Rey, viendo su determinada voluntad, é teniéndole por tan sosegado é cierto en sus cosas, que por ninguna guisa de aquel propósito sería mudado, díjole con semblante muy triste: « Mi leal amigo, pues que así os dos cosas vos ruego: la una, que siempre de mí y deste mi reino se os acuerde en vuestras necesidades, si vos ocurriren; é la otra, que mañana oyais misa conmigo, que os quiero hablar. — Señor, dijo él, esta palabra que me dais yo la recibo para se me acordar della si el caso lo ofreciere; é mañana armado y de camino estaré con vos en la misa. » Esa noche mandó el caballero de la Verde Espada á Candalin que le aderezase todo lo que era menester, que otro dia de mañana se quería partir, é así fué por él fecho.

Aquella noche no pudo él dormir, porque así como el trabajo del cuerpo se le habia apartado, así el del espíritu, fallando mayor entrada, con grandes cuitas é mortales deseos que de su señora le venian le daba muy mayor fatiga. E venida la mañana, habiendo mucho llorado, se levantó, é armándose de sus armas, cabalgando en su caballo, é Gandalin y el Enano en sus palafrenes, llevando las cosas necesarias al camino, se fué á la capilla del Rey, é fallólo que atendía; pues allí oída la misa, el Rey mandando salir á todos fuera, con él solo quedando, le dijo: « Mi grande amigo, demándovos un don que me otorgueis, y no será en estorbo de vuestro camino ni de vuestra honra. — Así lo tengo yo, dijo él; que vos, Señor, lo pediréis, segun vuestra gran virtud, é yo vos lo otorgo. — Pues, mi buen amigo, dijo el Rey, mándovos que me digais vuestro nombre é cuyo fijo sois, y creed que por mí será encubierto fasta que por vos sea divulgado. » El caballero de la Verde Espada estuvo una pieza que no fabló, pesándole de lo que prometiera, é díjole: « Señor, si á la vuestra merced pluguere dejarse desta pregunta, pues que no le tiene pro. — Mi buen amigo, dijo él, no dudeis de me lo decir; que, como por vos, por mí será guardado. » Él le dijo: « Pues que así vos place, aunque por mi voluntad no sea, sabed que yo soy aquel Amadís de Gaula, hijo del rey Perion, del que el otro dia fablastes en el concierto de la batalla. » El Rey le dijo: « ¡Ay caballero bienaventurado, de muy alto linaje! bendita fué la hora en que fuistes engendrado, que tanta honra

é provecho hobieron por vos vuestro padre é madre é todo vuestro linaje, é despues los que no lo somos; é habeisme fecho muy alegre en me lo decir, é fio en Dios que será por vuestro bien, é causa de pagar yo algo de las grandes deudas que vos debo. » E como quiera que este rey aquello mas con buena voluntad lo dijo que por otra necesidad que él sopiese tener aquel caballero, así se cumplió adelante en dos maneras: la una, que fizo escribir todas las cosas que en armas por aquellas tierras pasó; é la otra, que le fué muy buen ayudador con su fijo y gentes de su reino en un gran menester en que se vió, como adelante en el libro cuarto se dirá.

Esto así fecho, cabalgó en su caballo y despidióse del Rey, faciéndole quedar, que con él salir quería. Saliendo con él Grasandor y el conde Galtines é muchos hombres buenos, se puso en el camino con intencion de andar por las insolas de Romanía é probarse en las aventuras que en ellas fallase; é cuanto media legua de la villa, tornándose aquellos caballeros, le encomendaron á Dios, y él siguió su camino.

CAPITULO IX.

Cómo el rey Lisuarte salió á caza con la Reina é sus hijas, acompañado bien de caballeros, y se fué á la montaña donde tenia la ermita aquel santo hombre Nasciano, donde halló un muy apuesto doncel con una extraña aventura, el cual era hijo de Oriana y de Amadís, é fué por él muy bien tratado sin conocerle.

Por dar descanso el rey Lisuarte á su persona é placer á sus caballeros, acordó de se ir á caza á la floresta, y llevar consigo á la Reina é sus hijas é á todas sus dueñas é doncellas, é mandó que las tiendas le asentassen á la fuente de las Siete Hayas, que era lugar muy sabroso; é sabed que esta era la floresta donde el ermitaño Nasciano (1) moraba, donde criaba é tenia consigo á Esplandian. Pues allí llegado el Rey é la Reina con su compañía, quedando la Reina en las tiendas, el Rey metióse con sus cazadores á lo mas espeso del monte, é como la tierra guardada era, hicieron gran caza; é así, acaeció que estando el Rey en su armada; vió salir un ciervo muy cansado, é pensándolo matar, corrió tras él en su caballo fasta entrar en el valle, é allí acaeció una cosa extraña, que vió descender por la cuesta de la otra parte un doncel de hasta seis ó siete años, el mas fermoso que él nunca vió, é traía una leona en una trailla, é como vió el ciervo, echógela, dando voces que le tomase. La leona fué cuanto mas pudo, é alcanzándolo, derribólo en el suelo, é comenzó á beberle la sangre, é llegó el doncel muy alegre, é luego otro mozo poco mayor, que venia tras él, é llegaron al ciervo, haciendo gran alegría, é sacando sus cuchillos, cortaron por donde la leona comiese. El Rey estuvo entre unas matas, maravillado de aquello que veía, y el caballo se le espantaba de la leona, é no podia llegar á ellos, y el hermoso doncel tocó una bocina pequeña que traía á su cuello, é vinieron corriendo dos sabuesos, el uno amarillo y el otro negro, y encarnáronlos

(1) El nombre de este ermitaño se halla escrito unas veces Nasciano, otras Nasciano: hemos adoptado la primera lección, por encontrarse en ediciones mas antiguas y autorizadas de este libro.

en el ciervo; é cuando la leona hobo comido posieronla en la trailla, y el doncel mayor ibase con ella por la montaña, y el otro tras él. Mas el Rey, que ya á pié estaba é habia atado el caballo á un árbol, salió contra ellos, é llamó al fermoso doncel, que mas zagüero iba, que lo atendiese. El doncel estuvo quedo, y el Rey llegó, é viólo tan fermoso, que mucho fué maravillado, é dijo: «Buen doncel, que Dios os bendiga é guarde á su servicio, decidme dónde os criastes é cuyo hijo sois.» Y el doncel le respondió é le dijo: «Señor, el santo hombre Nasciano, ermitaño, me crió, é á él tengo por padre.» El Rey estuvo una gran pieza cuidando cómo hombre tan santo é tan viejo tenia hijo tan pequeño é tan hermoso, pero á la fin no lo creyó, y el doncel quisose ir, mas el Rey preguntó á qué parte era la casa del ermitaño. «Acá suso, dijo él, es la casa en que moramos.» E mostrándole un sendero pequeño, no muy hollado, le dijo: «Por allí iréis allá, é á Dios seáis, que me quiero ir tras aquel mozo que la leona lleva á una fuente donde tenemos nuestra caza.» E así lo hizo.

El Rey tornó á su caballo, é cabalgando en él, se fué por el sendero, é no andovo mucho, que vió la ermita metida entre unas hayas é zarzales muy espesos. E llegando á ella, no vió persona alguna á quien preguntase, é apeóse del caballo, é atándolo debajo de un portal, entró en la casa, é vió un hombre fucado de hinojos, rezando por un libro, vestido de paños de orden é la cabeza toda blanca, é hizo su oracion. El buen hombre, acabado de leer el libro, vínose al Rey, que se le fincó de rodillas delante, rogándole que le diese la bendicion. El hombre bueno gela dió, preguntándole qué demandaba; el Rey le dijo: «Buen amigo, yo hallé en esta montaña un doncel muy fermoso cazando con una leona, é díjome que era vuestro criado, é porque me pareció muy extraño en su fermosura é apostura y en traer aquella leona, vengo á os rogar que me digáis su hacienda; que yo os prometo como rey que dello no verná á vos ni á él daño ninguno.» Cuando el hombre bueno aquello oyó miróle mas que ante, é conociólo, que otras veces lo viera, é fincó los hinojos ante él por le besar las manos; mas el Rey lo levantó é le abrazó é díjole: «Mi amigo Nasciano, yo vengo con mucha gana de saber lo que os pregunto, é no dudeis de me lo decir.» El hombre bueno lo llevó fuera de la ermita, al portal donde su caballo estaba, é sentados en un poyo, le dijo: «Señor, bien tengo creído todo lo que me decis, que como Rey guardaréis este niño, pues Dios le quiere guardar; é pues tanto os agrada de saber dél, dígovos que lo yo fallé é crié por muy extraña aventura.» Entonces le contó cómo lo tomara de la boca de la leona, envuelto en aquellos ricos paños, é cómo lo criara á la leche della é de una oveja hasta que hobo ama natural, que fué una mujer de un su hermano, que llamaron Sargil; «é así se llama el otro mozo que con él vistes;» é dijo: «Cierto, Señor, yo creo que el niño es de alto lugar, é quiero que sepáis que tiene una cosa la mas extraña que se nunca vió, y es esta, que cuando le bapticé falléle en la diestra parte del pecho unas letras blancas en escuro latin, que dicen *Esplandian*, é así le pose el nombre; y en la parte siniestra, en derecho del corazon, tiene siete letras

mas ardientes é coloradas, como un fino rubi; pero no las puedo leer, que son fuera del latin é de nuestro lenguaje.» El Rey le dijo: «Maravillas me decis, padre, de que nunca oi hablar; é bien creo yo que, pues la leona le trajo tan pequeño como decis, que no lo podría tomar sino cerca de aquí.—Eso no lo sé yo; dijo el ermitaño, ni curemos de saber mas dello de lo que á nuestro Señor Dios place.—Pues mucho os ruego, dijo el Rey, que seáis mañana á comer conmigo aquí en esta floresta, á la fuente de las Siete Hayas, é allí hallaréis á la Reina é á sus hijas, é otros muchos de nuestra compañía; é llevad á Esplandian con la leona, así como lo fallastes, y el otro mozo vuestro sobrino, que derecho he yo de le hacer bien por su padre Sargil, que fué buen caballero é sirvió bien al Rey mi hermano.» Cuando esto oyó el santo hombre Nasciano dijo: «Yo lo faré, como vos, Señor, lo mandais, é á Dios plega por su merced que sea su servicio.»

El Rey, cabalgando en su caballo, se tornó por el sendero que allí viniera, é andovo tanto, que llegó á las tierres dos horas despues de mediodía, é falló allí á don Galaor é á Norandel é Guilan el cuidador, que llegaban entonces con dos ciervos muy grandes que habian muerto, con que folgó é rió mucho; pero de su aventura no les dijo nada, é demandando los manteles para comer, llegó don Grumedan é dijo: «Señor, la Reina no ha comido, é pídeos por merced que antes que comais fableis con ella, que así cumple.» El se levantó luego é fué allá, é la Reina le mostró una carta cerrada con una esmeralda muy fermosa, é pasaban por ella unas cuerdas de oro, é tenia unas letras en derredor, que decian: «Este es el sello de Urganda la Desconocida;» é dijo: «Sabed, Señor, que cuando yo venia por el camino parecia allí una doncella muy ricamente vestida en un palafren, é con ella un enano encima de un caballo overo fermoso; é aunque llegaron á ella los que delante de mí iban, no les quiso decir quién era, ni tampoco á Oriana é á las infantas que con ella iban, é como yo llegué, salió á mí é díjome: Reina, toma esta carta é léela con el Rey hoy en este día antes que comais. E partiéndose luego de mí, y el Enano tras ella, aguijando el palafren, se apartó tanto é tan presto, que no hobe lugar de preguntarle ninguna cosa.» El Rey abrió la carta é leyóla, é decia:

«Al muy alto e muy honrado el rey Lisuarte, yo Urganda la Desconocida, que os mucho amo, os consejo de vuestro pro, que al tiempo que el hermoso doncel criado de las tres amas desvariadas pareciere, que lo amedes é guardedes mucho; que aun él os meterá en gran placer, é quitará del mayor peligro que nunca hobistes. Es de alto linaje; é sabed, Rey, que de la leche de la su primera ama será tan fuerte é tan bravo de corazon, que á todos los valientes de su tiempo porná en sus hechos de armas gran escuridad; y de la su segunda ama será manso, mesurado, homildoso é de muy buen talante, é sofrido mas que otro hombre que en el mundo haya; y de la crianza de la su tercera ama será en gran manera sesudo é de gran entendimiento, muy católico é de buenas palabras, y en todas las sus cosas será pujado y extremado entre todos, é amado é querido de los buenos, tanto,

que ningun caballero será su igual, é los sus grandes fechos en armas serán empleados en el servicio del muy alto Dios, despreciando él aquello que los caballeros deste tiempo mas por honra de vanagloria del mundo que de buena consciencia siguen; é siempre traerá á sí en la su diestra parte, é á su señora en la siniestra; é aun mas te digo, buen Rey, que este doncel será ocasion de poner entre tí é Amadís é su linaje paz, que durará en tus dias, lo cual á otro ninguno es otorgado.»

El Rey, acabando la carta de leer, santiguóse en ver tales razones, diciendo: «La sabiduría desta mujer no se puede pensar ni escribir.» E dijo contra la Reina: «Sabed que hoy he hallado este mismo doncel que Urganda dice.» E contóle en qué manera le vió con la leona, é cómo se fué al ermitaño, é lo que dél sopó, é cómo habia de ser con ellos el otro día á comer, é que traería aquel niño. Mucho fué leda la Reina de lo oír por ver el doncel extraño, é por hablar con aquel santo hombre algunas cosas de su conciencia, é partiéndose el Rey della, diciéndole que de aquello ninguna cosa dijese. E fué á su tienda á comer, donde habia muchos caballeros que lo atendian, é allí estuvo hablando con ellos en las cazas que habian hecho, é diciéndoles que otro día ninguno fuese á cazar, porque les queria leer una carta que Urganda la Desconocida le enviara; é mandó á los monteros que llevasen todas las bestias que allí eran á un valle apartado, donde todo el día detrás estoviesen. Esto facia él porque no se espantasen de la leona. Así como oides pasaron aquel día holgando por aquel prado, que era lleno de flores é de yerba muy fresca é verde. Otro día vinieron todos á la tienda del Rey, é allí oyeron misa, é luego el Rey los tomó á todos consigo, é fuése á la tienda de la Reina, que asentada estaba cabe una fuente en un prado muy fresco para el tiempo, que era en el mes de mayo, é tenia las alas alzadas. Así que, todas las dueñas é infantas, é otras doncellas de gran guisa se parecian como eran en sus estrados, é allí llegaban los caballeros de gran cuenta á las hablar; é siendo así todos, mandó el Rey que leyesen la carta de Urganda, que ya oistes; la cual oyeron, é fueron maravillados qué doncel tan bienaventurado sería aquel. Mas Oriana, que mas que todos en ello catara, sospiró por su hijo que perdiera, pensando que por ventura podría ser aquel. El Rey les dijo: «¿Qué os parece desta carta?—Ciertamente, Señor, dijo don Galaor, yo no dudo de pasar así como ella lo dice, por otras cosas muchas dichas por Urganda, que tan verdaderas han salido; aunque por ventura á muchos plega con la venida deste doncel, cuando Dios por bien toviere de nos le mostrar, á mí con razon debe placer mas que á todos, pues que será causa de ser cumplida la cosa que yo mas deseo, que es ver en vuestro amor é servicio á mi hermano Amadís con todo mi linaje, como lo ya fueron.» El Rey le dijo: «Todo es en la mano de Dios; él fará su voluntad, é con ella seremos contentos.»

Pues así estando, como oides, hablando en estas cosas, vieron venir al ermitaño, é sus criados con él. Esplandian venia delante, é Sargil, su collazo, tras él, é traía la leona en una trailla asaz flaca, y en pos dellos ve-

nian dos arqueros, aquellos que ayudaran á criar á Esplandian en la montaña, é traian en una bestia el ciervo que el Rey viera matar, y en otra dos corzos, é liebres é conejos, que matara Esplandian y ellos con sus arcos, é los dos sabuesos traía Esplandian en una trailla, y en pos dellos venia el santo hombre Nasciano. E cuando los de las tiendas vieron tal compañía, é la leona tan grande é tan medrosa, levantáronse arrebatadamente, é fbanse poner delante del Rey, mas él tendió una vara é fizo que estoviesen en sus logares, diciendo: «Aquel que el poder de traer la leona tiene os defenderá della.» Don Galaor dijo: «Bien sea eso, mas á mí semeja que flaca defensa tenemos en el montero que la trae, si ella se ensaña, é cosa maravillosa parece ver esto.» Los niños é los arqueros atendieron que el hombre bueno pasase adelante, y seyendo ya cerca, el Rey les dijo: «Amigos, sabed que este es el santo hombre Nasciano, que en esta montaña face su vivienda; vayamos á él, que nos dé su bendicion.» Entonces se fueron fincar de hinojos ante él, y el Rey le dijo: «Siervo de Dios bienaventurado, dadnos la bendicion.» El alzó la mano é dijo: «En el su nombre la recibid, como de hombre peçador.» E luego le tomó el Rey, é fué con él á la Reina; mas cuando las mujeres vieron la leona tan fiera que revolvia los ojos á una é á otra parte mirándolas, é traía la su lengua bermeja por los bezos, é mostraba los dientes tan fuertes é tan agudos, que gran espanto les tomaba en la ver. La Reina é su hija é todas recibieron muy bien á Nasciano; todas eran mucho maravilladas de la gran fermosura del doncel, y él fué ante la Reina con su caza é dijo: «Señora, traemos os aquí esta caza.» Y el Rey le llegó á sí é dijo: «Buen doncel, partidla como vos quisierdes.» Esto facia por ver lo que él faria en ello. El doncel dijo: «La caza es vuestra, é vos dadla á quien vos quisierdes.—Todavía, dijo el Rey, quiero que vos la partais.» El doncel hobo vergüenza, é vínole una color al rostro como una rosa, que mucho mas hermoso lo hizo, é dijo: «Señor, tomadvos el ciervo para vos é para vuestros compañeros.» E fuése á la Reina, que con su amo Nasciano hablaba, é fincado de hinojos, le besó las manos é dióle los corzos, é miró á su diestra, é parecióle que despues de la Reina no habia ninguna mas digna de ser honrada, segun su presencia, que Oriana, su madre, que lo no conocia, y llegó á ella fincadas las rodillas, é dióle las perdices é conejos, é díjole: «Señora, nos no cazamos con nuestros arcos otra caza sino esta.» Oriana le dijo: «Fermoso doncel, Dios os haga bien andante en vuestras cazas y en todo lo al.» El Rey lo llamó, é Galaor é Norandel, que mas cerca dél estaban, lo tomaron, é abrazábanlo muchas veces, como que la naturaleza que con él habian los atraía á ello. Entonces mandó el Rey que todos callasen, é dijo al hombre bueno: «Padre, amigo de Dios, agora decid delante todos la hacienda deste doncel, como á mí dejistes.» El hombre bueno les contó allí cómo, saliendo de su ermita, viera cómo traía una leona brava aquel doncel en la boca, envuelto en ricos paños, para gobierno de sus hijos, é cómo, por la gracia de Dios, gelo posiera á sus piés é cómo le diera de su leche, así ella como una oveja que él tenia parida, fasta que lo dió á criar á una ama, é contóles to-

das las cosas que en su crianza le acaecieron, que no le faltó nada, como el libro lo ha contado. Cuando Oriana é Mabilia é la doncella de Denamarca esto oyeron, mirábase unas á otras, é las carnes les temblaban de placer, conociendo verdaderamente ser aquel niño hijo de Amadís é de Oriana, el que la doncella de Denamarca perdiera, como ya oiste. Mas cuando vino el ermitaño á decir de las letras blancas é coloradas que en el pecho le falló, las cuales hizo allí ver á todas, de todo en todo creyeron ser su sospecha verdadera; de lo cual era tan gran alegría en sus ánimos, que se no puede contar. Principalmente la muy hermosa Oriana, cuando del todo conoció ser aquel su hijo, que por perdido lo tenia. El Rey demandó al santo hombre Nasciano los donceles con mucha eficacia para los facer criar; el cual veyendo que mas para aquello que para la vida que él les dabá los había Dios fecho, á que gran soledad en sí sentiese, gelo otorgó, mas con gran dolor que en su corazon quedaba, porque amaba mucho á Esplandian. E cuando el Rey en su poder los toyo, dió á Esplandian á la Reina que sirviese ante ella, é dende á poco tiempo le dió ella á su hija Oriana, que le mucho con él plugo, como aquella que lo había parido. Así como oídes, fué este niño en guarda de su madre, ténien-dole perdido, como ya oistes, fuyendo con él de gran miedo, sacado de la boca de aquella muy fiera leona, criado á su leche.

Estas son maravillas de aquel muy poderoso Dios é guardador de todos nosotros, que él face cuando es su voluntad. E á otros hijos de reyes é de grandes señores ser criados en las ricas sedas y en las cosas muy blandas é delicadas, é con tanto amor de quien los cria, con tanto regalo é cuidado, sin dormir, sin sosegar los que en cargo los tienen, con un pequeño accidente é flaco mal son salidos deste mundo; quiérello Dios que así pase, como justo en todo; é así, como cosa justa, se debe recibir por los padres é madres, dándole gracias porque quiso hacer su voluntad, que como las nuestras errar no puede.

La Reina se confesó con aquel santo hombre, é Oriana asimesmo; al cual hobo de descubrir todo el secreto suyo é de Amadís, é cómo aquel niño era su hijo, é por cuál aventura lo perdiera; lo que fasta allí á persona del mundo había dicho, sino á aquellos que lo sabian, rogándole que hobiese dél memoria en sus oraciones. El hombre bueno fué muy maravillado de tal amor en persona de tan alto lugar, que muy mas que otra obligación era á dar buen ejemplo de sí; é reprehendióla mucho, diciéndole que se dejase de tan gran yerro; si no, que la no absolveria, é seria su ánima puesta en peligro. Mas ella le dijo llorando cómo al tiempo que Amadís la quitara de Arcaus el encantador, donde primero la conoció, tenia dél palabra como de marido se podia é debía alcanzar. Desto fué el ermitaño muy ledo, é fué causa de mucho bien para muchas gentes, que fueron remediadas de las muertes cruels que esperaban, así como el cuarto libro mas largo lo dirá. Entonces la absolvió, é le dió penitencia cual convenia; é luego se fué para el Rey, é tomando á Esplandian consigo, abrazándolo llorando, le dijo: «Criatura de Dios, que por él me fueste dado á criar, él te guarde é defien-

da, é te faga hombre bueno al su santo servicio.» E besándolo, le echó la bendicion é lo entregó al Rey; é despedido dél é de la Reina é de todos, tomando consigo á la leona é los arqueros, se tornó á su ermita, donde mucho hará dél mención la historia adelante. El Rey se tornó con su compañía á la villa.

CAPITULO X.

De cómo el caballero de la Verde Espada, despues que se partió del rey Tafinor de Bohemia para las insolas de Romania, vió venir una muchedumbre de compañía, donde venia Grasiada é un caballero suyo, llamado Brandasidel, é quiso por fuerza hacer al caballero de la Verde Espada venir ante su señora Grasiada, é de cómo se combatió con él é lo venció.

Contado vos habemos ya cómo el caballero de la Verde Espada al tiempo que del rey Tafinor de Bohemia se partió, su voluntad era de se meter por las insolas de Romania, por haber oido ser allí bravas gentes; é así lo hizo, no por el derecho camino, mas andando á unas é á otras partes, quitando y emendando muchos tuertos é agravios, que á personas flacas, así hombres como mujeres, por caballeros soberbios se les facian; en lo cual muchas veces fué ferido é otras veces doliente. Así que, le convenia, mal su grado, folgar; pero cuando en las partes de Romania fué, allí pasó él los mortales peligros con fuertes caballeros é bravos gigantes, que con gran peligro de su vida quiso Dios otorgarle la vitoria de todos ellos, ganando tanto prez, tanta honra, que como por maravilla era de todos mirado. Mas ni por esto no tovieron tanta fuerza estas grandes afrentas é trabajos, que de su corazon podiesen apartar aquellas encendidas llamas é mortales cuitas é deseos que por su señora Oriana le venian; é por cierto podeis creer que si no fuera por los consejos de Gandalin, que siempre lo esforzaba, no toviera él tanto poder en sí, que el su triste é atribulado corazon no fuese en lágrimas desfecho. Pues así andando por aquellas tierras en la vida que ois, discurrendo por todas las partes que él podia, no teniendo holganza del cuerpo ni del espíritu, aportó á una villa puerto de mar de contra Grecia, asentada en fermoso sitio é muy poblada de grandes torres é huertas al cabo de la Tierra Firme, é había nombre Sadiana; é por ser grande parte del dia por pasar, no quiso entrar en ella, mas ibala mirando, que le parecia hermosa, é pagábase de ver el mar, que lo no viera despues que de Gaula partió; que serian ya pasados mas de dos años; é yendo así, vió venir por la ribera de la mar contra la villa una gran compañía de caballeros é dueñas é doncellas, y entre ellos una dueña vestida de muy ricos paños, sobre la cual traian un paño fermoso en cuatro varas por la defender del sol. El caballero de la Verde Espada, que no folgaba en ver gentes, sino en andar solo pensando en su señora, desvió del camino por no haber razon de los encontrar; é no fué mucho alongado dellos, que vió venir contra sí un caballero en un gran caballo é bien armado, blandiendo una lanza en su mano, que parecia quererla quebrar. El caballero era valiente de cuerpo, muy membrudo é bien cabalgante; así que, parecia haber en sí gran fuerza, é una doncella de la compañía de la dueña, ricamente vestida,

con él, é como vió que contra él venian, estuvo quedo. La doncella llegó delante é dijo: «Señor caballero, aquella dueña, mi señora, que allí está, os manda decir que vayais luego á ella á su mandado; esto os dice por vuestro pro.» El caballero del Enano, como quiera que el lenguaje de la doncella era aleman, entendióla luego muy bien, porque él siempre procuraba de aprender los lenguajes por donde andaba, é respondióle: «Señora doncella, Dios dé honra á vuestra señora et á vos; mas, decidme, aquel caballero ¿qué es lo que demanda?—No os tiene eso pro, dijo ella, sino faced lo que os digo.—No iré con vos en ninguna guisa, si me lo no decis.» En esto respondió ella é dijo: «Pues así es, facerlo he, aunque no á mi grado; sabed, señor caballero, que mi señora os vió, é vió ese enano que con vos anda, é porque le han dicho de un caballero extraño que así anda por estas tierras faciendo maravillas de armas, las cuales nunca se vieron, cuidando que sois vos, quiere faceros mucha honra é descubriros un secreto que en el su corazon tiene, el cual fasta agora nunca della persona lo supo; é como este caballero entendió su voluntad, que él vos faria ir á su mandado, aunque no quisiese; lo cual puede él bien hacer, segun es poderoso en armas mas que ninguno destas tierras; é por esto vos consejo yo que, dejándolo á él, vos vengais conmigo.—Doncella, dijo él, de vos he gran verguenza por no cumplir el mandado de vuestra señora; pero quiero que veais si fará lo que dijo.—Pésame, dijo ella; que muy pagada soy de vuestra palabra y mesura.» Entonces se apartó dél, y el caballero de la Verde Espada se fué por el camino como ante iba. Cuando esto vió el otro caballero, dijo á una voz alta: «Vos, don caballero malo, que no quisistes ir con la doncella, descendendo luego de vuestro caballo, é cabalgad aviesas, llevando la cola en la mano por freno y el escudo al revés; é así os presentad ante aquella señora, si no queréis perder la cabeza; escoged lo que dello quisierdes.—Cierto, caballero, dijo él, no tengo ahora en corazon de escoger ninguno desos partidos, antes quiero que sean para vos.—Pues agora veréis, dijo él, cómo vos lo haré tomar.» E puso las espuelas á su caballo con esperanza que del primer encuentro lo lanzaria de la silla, así como á otros muchos lo había fecho, porque era el mejor justador que había en gran parte. El caballero del Enano, que ya tomara sus armas, movió para él, bien cobierto de su escudo, é aquella justa fué partida de los primeros encuentros; que las lanzas fueron quebradas, y el caballero amenazador fué fuera de la silla, y el de la Verde Espada su escudo falsado é la loriga, é la cuchilla de la lanza le hizo una llaga en la garganta, de que se hobiera de sentir mal; é pasó por él, é quitando el pedazo de la lanza que por el escudo tenia metido, volvió contra Brandasidel, que así había nombre el caballero, é viólo tendido en el campo como muerto, é dijo á Gandalin: «Desciendo é tira el escudo é yelmo á ese caballero, é cátao si es muerto.» Y él así lo hizo; y el caballero cogió huelgo, y esforzóse ya cuanto, pero no en manera que toviese sentido; y el de la Verde Espada le puso la punta de la espada en el rostro é dijo: «Vos, don caballero, amenazador é desdeñador de quien no conoceis, conviene que perdais la cabeza.»

za ó paseis por la ley que señalastes.» El, con el temor de la muerte, acordó mas é bajó el rostro, y el de la Verde Espada dijo: «¿No queréis hablar? Tajaros he la cabeza.» Entonces él dijo: «¡Ay caballero! por Dios merced, que antes faré vuestro mandado que morir en sazón en que perdiese el alma, segun el estado en que agora está.—Pues luego sea hecho sin mas tardar.»

Brandasidel llamó á sus escuderos, que allí tenia, é posieronle por su mandado en el caballo al revés, é metieronle el rabo en la mano, é echáronle el escudo al revés al cuello, é así lo llevaron por delante de la hermosa dueña, é por medio de la villa que lo viesen todos, é fuese ejemplo para aquellos que con su gran soberbia quieren abajar é menospreciar á los que no conocen, é aun á Dios, si alcanzarle podiesen; no pensando en las desaventuras que en este mundo é despues en el otro se les aparejan. E tanto cuanto la dueña é su compañía é las gentes de la villa se maravillaban de la desventura que aquel que por tan fuerte caballero tenían había alcanzado, tanto é mas la fortaleza del que lo venciera ensalzaban é loaban, afirmando ser verdaderas las grandes cosas que fasta allí dél habían oido. Pues esto así fecho, el caballero de la Verde Espada vió la doncella que le llamara, que la batalla había mirado, é oído todas las palabras que ante pasaran, é yéndose contra ella, le dijo: «Señora doncella, agora iré al mandado de vuestra señora, si á vos ploguere.—Mucho me place, dijo ella, é así lo faré á Grasiada, mi señora, que así había nombre la dueña. Así fueron de consuno, é como llegaron, el de la Verde Espada vió la dueña tan hermosa é tan lozana, que despues que de su hermana Melicia partiera, no viera otra alguna que lo tanto fuese; é por el semejante, pareció él á ella el mas apuesto é mas fermoso caballero que mejor pareciese armado de cuantos en su vida viera, é díjole: «Señor, yo he oido hablar de muchas extrañas cosas que despues que en esta tierra entrastes en armas habeis fecho; segun vuestra presencia veo, á mí es muy cierto de lo creer. Tambien me han dicho que estovistes en casa del rey Tafinor de Bohemia, é la honra é provecho que de vos le ocurrió, é dijéronme que os llaman el caballero de la Verde Espada ó del Enano, porque todo lo veo junto con vos, é yo así os llamaré; pero ruégoo mucho, por vuestra pro, que os veo llagado, que seais mi huésped en esta mi villa, é curar os han de vuestras llagas; que tal aparejo no lo fallaréis en toda la comarca.» El le dijo: «Mi Señora, veyendo yo la voluntad de vuestro ruego, si fuese cosa en que peligro é afan aventurase por os servir, lo haria, cuanto mas ser lo que tanto á mí necesario es.»

La dueña tomándole consigo, se fué para la villa, é un caballero viejo que de rienda la llevaba, tendió la mano é dióla al caballero de la Verde Espada, y él se fué á la villa para aderezar donde el caballero posase, que este era mayordomo de la dueña. El caballero del Enano llevó la dueña, hablando con ella en algunas cosas. E si antes le tenia por su gran fama en mucho, en mas lo estimó viendo su gran discrecion é apuesta fabla, é así lo fué él della, que muy hermosa é graciosa era en todo su razonar; y entrando por la villa, salian

todas las gentes á las puertas é ventanas por ver á su señora, que de todos muy amada era, é al caballero, que por sus grandes hechos en mucho tenían; é parecían el mas hermoso é apuesto que habian visto, é pensaban ellos que no habia hecho mayor cosa en armas que haber vencido á Brandasidel, segun era dudado é temido de todos. Así llegaron al palacio de la dueña, é allí le hizo ella aposentar en una muy rica cámara guarnida, como casa de tal señora, é hizole desarmar é lavar las manos y el rostro del polvo que traia, é diéronle una capa de escarlata rosada que cubriese. Cuando Grasinda así lo vió fué maravillada de su gran fermosura; que no pensaba ella que tal hombre humano tener podiese, é hizo venir allí luego un maestro de curar llagas suyo, el mejor é mas sabido que en gran parte se hallaria, é católe la ferida de la garganta, é dijo-le: «Caballero, vos sois herido en lo peligroso, y es menester de holgar; si no, veros hi-ades en gran trabajo. — Maestro, dijo él, ruégoos por la fe que á Dios é á vuestra señora, que aquí está, debeis, que tanto que yo sea en disposicion de poder cabalgar me lo digais, porque á mí no conviene haber algun descanso ni reposo fasta que Dios, por la su merced, me llegue á aquella parte donde mi corazon desea.» E diciendo esto, le creció tal cuidado, que no pudo excusar que las lágrimas á los ojos no le viniesen, de que hobo mucha vergüenza, é alimpiándolas presto, hizo alegre semblante. El maestro le curó la ferida é le dió á comer lo que era menester, é Grasinda le dijo: «Señor, folgad é dormid, é irémos nosotros á comer, é veros hemos cuando fuere tiempo, é mandad á vuestro escudero que sin empacho demande todas las cosas que menester hobiéredes.»

Con esto se despidió, y él quedó en su lecho, pensando muy afincadamente en su señora Oriana, que allí era todo su gozo é toda su alegría, mezclada con tormentos é pasiones que continuo en uno batallaban, é ya cansado, se adormeció. De Grasinda os digo que desde que hobo comido se retrajo á su cámara, y echada en su lecho, comenzó á pensar en la hermosura del caballero de la Verde Espada, y en las grandes cosas que dél le habian dicho; é como quiera que ella tan hermosa é tan rica fuese é de tal linaje, como sobrina del rey Tafinor de Bohemia, é casada con un gran caballero, con el cual no vivió sino un año, sin dejar fijo alguno, determinó de lo haber por marido, aunque dél otra cosa no veia sino ser un caballero andante; é pensando en cuál guisa gelo haria saber, vínole en mente cómo le viera llorar, é cuidó que aquello no sería sino por amor de alguna mujer que amase, é no la podia haber. Esto la hizo detener fasta que de su hacienda mas saber podiese; é sabiendo ya cómo él era despierto, tomando consigo sus dueñas é doncellas, se fué á su cámara por le honrar, é por el gran placer é deleite que en sí sentia en le ver é hablar, é no menos lo habia él; pero muy desviado de su pensamiento de lo que ella pensaba. Así estaba aquella dueña faciéndole compañía, dándole todo el placer que se le podia dar. Mas un día, no lo pudiendo mas sufrir, apartando á Gandalin, le dijo: «Buen escudero, que Dios vos ayude é haga bienaventurado, decidme una cosa, si la sabeis, que os quiero

preguntar, é yo vos prometo que por mí nunca será descubierta, y esto es, si sois sabidor de alguna mujer que vuestro señor ame extremadamente de afincado amor. — Señora, dijo Gandalin, yo há poco que vivo con él y este enano, que por las grandes cosas que dél sopimos nos otorgamos á lo servir, y él nos dijo que le no preguntásemos por su nombre ni por su hacienda, sino que nos fuésemos luego á buena ventura, é desque con él quedamos hemos visto tanto de sus proezas é valentías, que nos ha puesto en gran espanto, como aquel que sin duda, Señora, podeis creer que es el mejor caballero que en el mundo hay, y de su hacienda no sé mas.» La dueña tenia la cabeza baja é los ojos, é pensaba mucho. Gandalin, que así la vió, pensó que amaba á su señor, é quisola quitar de aquello que por ninguna guisa alcanzar podia, é dijo-le: «Señora, yo le veo muchas veces llorar, é con tan gran angustia de su corazon, que me maravillo cómo la vida puede sostener. Y esto creo yo que, segun su gran esfuerzo, que todas las cosas bravas é temerosas en poco tiene, que de otra parte no le puede venir sino de algun demasiado afincado amor que de alguna mujer tenga, porque esta es una tal dolencia, que al remedio della no basta esfuerzo ni discrecion alguna. — Si Dios me salve, dijo ella, yo creo lo que me decis, é mucho os lo agradezco; idvos para él, é Dios le ponga remedio en sus cuitas.» Y ella se fué á sus mujeres con voluntad de no se trabajar de allí adelante en lo que pensaba por le ver tan sosegado en sus hechos é palabras, creyendo que no se mudaria de su propósito.

Así como ois estovo el caballero de la Verde Espada en casa de aquella gran señora hermosa é rica dueña Grasinda, curándose de sus llagas, donde recibió tanta honra é tanto placer, como si de caballero pobre andante que parecia, fuera manifestado á ella ser fijo de tan noble rey como lo era el noble rey Perion de Gaula, su padre. Y cuando en disposicion de poderse armar se vió, mandó á Gandalin que le toviese aparejado las cosas necesarias al camino. El le dijo que todo estaba enderezado; y estando en esto hablando, entró Grasinda, é con ella cuatro doncellas suyas, y él á ella saliendo, tomándola por la mano, se asentó en un estrado encima de un paño de seda labrado con oro é dijo-le: «Mi señora, yo soy en disposicion de andar camino, é la honra que de vos he recibido me pone gran cuidado cómo la podré servir; por ende, mi señora, si en algo mi servicio os puede placer acarrear, con toda voluntad se porná en obra.» Ella le respondió: «Ciertamente, caballero de la Verde Espada, así como lo decis lo tengo yo creído, é cuando la satisfacion del placer é servicio que aquí hallastes, si alguno fuese, demandare, entonces sin ningun empacho ni vergüenza será descubierto á vos lo que ninguno hasta hoy de mí ha sabido; pero tanto os ruego me digais á cuál parte se otorga mas vuestra voluntad de ir. — A la parte de Grecia, dijo él, si Dios lo enderezare, por ver la vida de los griegos, é á su emperador, de quien buenas nuevas he oido. — Pues yo quiero, dijo ella, ayudar al tal viaje, y esto será que os daré una muy buena nave, bastecida de marineros, que os serán mandados, é de viandas que para un año basten; é daros he al

maestro que os curó, que se llama Elisabat (1), que á duro de su oficio en gran parte otro tal se hallaria, á condicion que siendo en vuestro libre poder, seais en esta villa conmigo dentro de un año.» El caballero fué muy alegre de tal socorro, que mucho lo habia menester; y en gran cuidado era puesto, pensando dónde lo habria, é dijo-le: «Mi señora, si os yo no sirviese estas mercedes que me haceis, tenerme-hi-a por el caballero mas sin ventura del mundo, é por tal me ternia si por empacho ó vergüenza supiese que lo dejábades de demandar. — Mi señor, dijo ella, cuando Dios os trajiere deste viaje yo os demandaré aquello que mi corazon mucho tiempo ha deseado, que será en acrescentamiento de vuestra honra, aunque algun peligro se aventure. — Así sea, dijo él, é yo fio en la vuestra gran mesura que no me demandará sino cosa que yo con derecho otorgar deba. — Pues folgaréis aquí, dijo Grasinda, estos cinco dias, en tanto que las cosas al camino necesarias se aparejan.» El acordó de lo hacer, como quiera que otro dia tenia en la voluntad de partir de allí. En este espacio de tiempo fué la nave bastecida de todo aquello que convenia llevar, y el caballero de la Verde Espada con el maestro Elisabat, en quien él, despues de Dios, gran fucia de su salud tenia, entró en ella, é despedido de aquella hermosa señora, alzando las velas é dando á los remos, tomaron su viaje, no derechamente á Constantinopla, donde el Emperador era, mas á las insolas de Romanía, que le habian quedado de andar, é á otras del señorío de Grecia, por las cuales el caballero de la Verde Espada andovo asaz tiempo, haciendo grandes cosas en armas, combatiéndose con gentes extrañas; dellos con grandes causas que le movian, por enderezar sus soberbias, é con otros que, á la su gran fama dél, eran venidos á experimentar sus fuerzas con las suyas. Así que, muchas afrentas é peligros pasó, é muchas feridas hobo, las cuales alcanzando la vitoria é honra de todos, por gloria se tenían, é dellas fué curado por aquel gran maestro que consigo llevaba. Pues andando en esta gran revuelta, navegando de unas islas á otras, y de otras á otras, los marineros sintiéndolo por mucha fatiga, al maestro se querellaron dello, y él, diciéndolo al caballero del Enano, acordóse que, como quiera que su voluntad aparejada estoviese en acabar de ver todas aquellas tierras, que pues la de ellos en fatiga lo sentia, que derechamente volviesen en la nao la via de Constantinopla, porque en aquella ida é venida, si Dios no lo contrurbase, llegaria al cabo del año á Grasinda prometido. Con este acuerdo, á placer de todos los de la nave, tomaron el viaje de Constantinopla con viento bueno y enderezado.

En el segundo libro vos contamos cómo el Patin, siendo caballero sin estado alguno, solamente esperando de lo haber despues de la muerte del Suidan, su hermano, que emperador de Roma era, por no tener

(1) El nombre de este célebre maestro, á quien Cervantes alude en el cap. xxxv, parte primera, y otros de su *Quijote*, se halla escrito de diferentes maneras en la edicion de 1534, que principalmente nos sirve de texto: *Helisabat*, *Elisabad* y *Elisabat*. Hemos adoptado esta última leccion, por ser la mas comun y la usada por Cervantes.

hijo que el imperio heredase, oyendo la gran fama de los caballeros que á la sazón en la Gran Bretaña eran al servicio del rey Lisuarte, acordó de se venir á probar con ellos; é como quiera que á la sazón fuese muy enamorado de la reina Sardamira, reina de Cerdeña, é por su servicio aquel camino empezase, llegado á casa del rey Lisuarte, donde muy honradamente, segun su gran linaje, recebido fué, viendo á la muy hermosa Oriana, su hija, que en el mundo par de hermosura no tenia, tanto fué della pagado, que olvidando el viejo amor, siguiendo aquel nuevo, á su padre en casamiento la demandó. Y aunque la respuesta con alguna esperanza honesta fuese, la voluntad del Rey muy apartada de tal juntamiento era; mas él, teniendo que alcanzado habia lo que deseaba, queriendo mostrar sus fuerzas, creyendo ser con ello de aquella señora mas amado, por aquellas tierras á buscar los caballeros andantes para se con ellos combatir se fué, é su desventura, que así lo guió, fué aportar en la floresta donde Amadis aquella sazón, desesperado de su señora, haciendo un llanto muy doloroso estaba; é allí habiendo primero sus razones el Patin, loándose del amor, é Amadis quejándose dél, hobieron su batalla, en la cual el Patin fué en tierra del justar, é despues cobrando el caballo, de un solo golpe dél fué tan mal herido en la cabeza, que llegó muchas veces al punto de la muerte; por causa de lo cual, dejando en pendencia el casamiento de Oriana, se tornó en Roma, donde á poco tiempo, muriendo el Emperador, su hermano, él por emperador tomado fué; é no se le olvidando aquella passion en que Oriana á su corazon puesto habia, creyendo con el mayor estado en que puesto era mas ligeramente la cobrar, acordó de la demandar otra vez al rey Lisuarte en casamiento; lo cual encomendó á un primo suyo, Salustanquidio llamado, principe de Calabria, caballero famoso en armas, é con él Brondajel de Roca, su mayordomo mayor, é al arzobispo de Talamancia, é con ellos fasta trecientos hombres, é la reina hermosa Sardamira, con copia de dueñas é doncellas para la guarda de Oriana cuando la trajesen. Ellos, viendo ser aquella voluntad del Emperador, comenzaron á aderezar las cosas convenientes al camino; lo cual adelante mas largo se contará.

CAPITULO XI.

De cómo el caballero de la Verde Espada, despues de partido de Grasinda para ir á Constantinopla, le forzó fortuna en el mar, de tal manera, que le arribó en la insola del Diablo, donde halló una bestia fiera, llamada Endriago.

Por la mar navegando el caballero de la Verde Espada con su compañía la via de Constantinopla, como oído habeis, con muy buen viento, súbitamente tornando al contrario, como muchas veces acaece, fué la mar tan embravecida, tan fuera de compás, que ni la fuerza de la fusta, que grande era, ni la sabiduría de los mareantes no pudieron tanto resistir, que muchas veces en peligro de ser anegada no fuese; las lluvias eran tan espesas é los vientos tan apoderados, y el cielo tan escuro, que en gran desesperacion estaban de ser las vidas remediadas por ninguna manera, ni lo podian creer,